

OTRA VEZ LOS ARBOLES

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Sí, otra vez los árboles. Quien viera, antes de la feroz tala, la "alameda" mirafloresina en donde los viejos —y apostrofados— ficus, a cuya sombra transcurrió la vejez de Palma, colmaban el paisaje, no podrá hoy dejar de lamentar la pérdida de esos frondosos, pacíficos personajes. Hoy es una calle en la cual ha quedado al descubierto una arquitectura sin estilo, sin belleza ni plasticidad, que pide a gritos la demolición y la construcción nueva. Toda la "alameda" eran los árboles, porque ellos reunían en sus abigarradas copas la gravedad de la perspectiva, y la rompían para diseminarla en ángulos y recovecos, para repartirla en colores y claroscuros. Su función era, en verdad, la de ocupar el espacio urbano con su perfil de antigüedad señorial, de propia e irremplazable presencia natural. Pondrán otros, cuya sed no fracture aceras y pistas, pero difícilmente aquella arteria volverá a ser lo que fue en punto a intimidad y diferencial carácter.

Hoy mismo, de camino a Lima, el cronista ha contemplado una de las palmeras de la avenida Arequipa, en San Isidro, de aquellas que comparten el espacio con árboles de otros contrarios climas, derribada en el suelo, quizá por la mano municipal, quizá rendida ya por sus males —desde los parásitos hasta el empleo abusivo de su tallo como soporte de carteles—, y ha considerado eso como un mal anuncio. No faltará, es justo pensar, el concejal que considere dichas palmas como peligrosa amena-

za, como vejez molesta, como verdadera —ya sucedió así — contradicción a la temperatura templada, no tropical, de nuestro clima. Y entonces enviará la sierra implacable que abata ese grupo de árboles que hermocean la vía, bella sólo porque su flora distrae la vista de la arquitectura enloquecida que ahí campea y de esos avisos luminosos, monótonamente alineados en los postes, que apremian con su oferta de dentríficos, televisores, turismo y golosinas. Razones, ¡qué va!, no faltarán, y de peso, para ordenar la ejecución de los inocentes.

Recuerda el cronista unas páginas melancólicas —"Páginas de Diario", se titula el cuento— de Julio Ramón Ribeyro a propósito del arrasamiento arbóreo de la "Alameda" Pardo, también en Miraflores, en donde la memoria de la infancia de un hombre se desgarrá ante los cambios del barrio natal, como si dicha violenta transformación ocurriera no sólo en el ámbito donde el niño iniciara su aventura vital, riesgo y desengaño, sino en su interior más profundo, en su corazón central. Ese relato es la protesta que todos quisiéramos hacer cada vez que, con argumentos prácticos tajantes, las municipalidades hurtan a nuestra ciudad lo único que ella tiene de encantador. Valga ese diario personal del personaje de Ribeyro —tal vez él mismo, quién sabe— como el testimonio de que no todos, en este tiempo, optamos por un expediente fácil en la tarea de hacer más habitable este espacio amado en el cual nacimos.